

Estructura Mental y Energías del Hombre

Por Pitirim A. SOROKIN. Jefe del Departamento de Sociología de la Universidad de Harvard. U. S. A. Mención honorífica concedida por el Segundo Congreso Nacional de Sociología celebrado del 12 al 16 de octubre de 1951 en la ciudad de Guadalajara, Jal. Traducido del inglés por Angela Müller Montiel.

1. Principales defectos de las teorías dominantes.

LAS teorías que prevalecen sobre la estructura mental de la personalidad humana son altamente defectuosas. El primero de sus errores consiste en fundir en una sola clase dos energías radicalmente diferentes del hombre: (E. Von Hartmann, P. Janet, S. Freud y otros) la biológicamente *inconsciente* que se encuentra debajo del nivel de las energías conscientes y la *supraconsciente* (genio, fuerza creadora, la inspiración divina, etc.) que se halla por encima del nivel de cualquier pensamiento o energía consciente, racional o lógico. La “profunda psicología” de las teorías dominantes de la personalidad que funde estas dos energías tan diferentes en una sola clase, la del “inconsciente” o el “subconsciente”, en realidad tiene muy poco fondo. O reduce la estructura mental casi exclusivamente al nivel de lo inconsciente o subconsciente, con

un "ego" y "superego" epifenomenológico y vago o simplemente la describe como un "edificio de dos pisos" inconsciente (subconsciente) y consciente (racional). De acuerdo con el carácter negativo de la cultura sensorial dominante en su fase decadente, las teorías actuales sobre la personalidad también se mueven principalmente en la región de "los parias sociales". Casi todas ven en el hombre la forma más baja de su energía (la inconsciente y subconsciente), y se muestran ciegas ante las energías superiores, las supraconscientes. Hacen hincapié sobre las tendencias animales, sadistas y masoquistas del hombre y pasan por alto las propiedades creadoras, sublimes y altruistas. La fuerza creadora más elevada es considerada por ellos como un reflejo o impulso biológico; el genio como un neurótico anormal, el sacrificio más sublime, como una tendencia masoquista, la inspiración más noble, como un complejo subnormal y al santo lo llaman un "desviado" de conducta dudosa o de plano un criminal. Desde un punto de vista estrictamente científico, todas estas teorías no son más que ideologías pseudo científicas, carne y sangre del orden sensorial en decadencia; sus criaturas, creadas a su imagen y semejanza deben su éxito a su íntimo parentesco con la cultura materna negativista.

Este error ha de ser radicalmente corregido. Una teoría adecuada de la personalidad habrá de destacar el aspecto superior de su estructura mental lo mismo que su región inferior y debe subrayar la energía supraconsciente que opera en los seres humanos, igualmente que la energía inconsciente.

El segundo defecto de las teorías existentes sobre la personalidad es una simplificación inaceptable de los aspectos y energías conscientes e inconscientes del hombre.

Su tercer defecto consiste en confundir las relaciones que hay entre la estructura y las energías del individuo y las de los grupos y culturas en que vive. Estos y otros defectos de las teorías domi-

nantes son la causa principal del fracaso de la educación aplicada, la psiquiatría y otras técnicas para el tratamiento de las psicosis y neurosis y de los esfuerzos para hacer que los seres humanos sean más creadores y menos estúpidamente egoístas.

El bosquejo que presentamos a continuación de la estructura cuádruple y de las energías de la personalidad, trata de corregir los anteriores errores y de presentar —en negro y blanco— una concepción general adecuada de estos fenómenos.

2. Estructura cuádruple y energías del hombre.

Pueden distinguirse cuatro formas diferentes de energía, cuatro niveles mentales y actividades, en nuestra personalidad y conducta totales: 1. Biológicamente inconsciente (subconsciente) 2. Biológicamente consciente, 3. Socioculturalmente consciente y 4. Supraconsciente. Hablando en sentido figurado, el hombre resulta una especie de edificio de cuatro pisos, en lugar de la estructura de uno de dos pisos que presentan las teorías dominantes.

3. Lo inconsciente en el hombre.

El hombre es un animal y todos los impulsos y actividades reflejos, instintivos e inconscientes, del organismo humano, necesarios para su supervivencia, crecimiento y propagación, constituyen el aspecto más bajo de la personalidad humana. Las necesidades, impulsos y actividades de respirar, comer, beber, dormir, de libertad de restricciones físicas y de otras clases, de descansar cuando se está fatigado, de evitar el dolor o el peligro, de buscar a otros seres humanos y cooperar con ellos y frecuentemente de cuidar a los niños desamparados, de atacar y luchar con los demás seres humanos en la lucha por la existencia, de llorar, reír, dominar;

son los principales impulsos, necesidades, energías y actividades puramente biológicas inherentes al organismo humano. Estas fuerzas biológicas determinan también las diferencias específicas (anatómicas, psicológicas y de conducta) entre los diferentes sexos, razas y grupos de edades, desde el bebé hasta el anciano. Comenzando con el sencillo reflejo de la rodilla, pasando a través de los complicados procesos de la respiración, el latir del corazón, la circulación de la sangre o la digestión, automáticamente controlados por nuestro sistema nervioso y terminando con las más diversas e intrincadas acciones y reacciones, excitaciones e inhibiciones, que satisfacen las necesidades inherentes de nuestro organismo mencionadas arriba y que resultan de su crecimiento, desde la infancia hasta la vejez, con todos los numerosos cambios que trae consigo la ancianidad, estas actividades inconscientes ocupan una parte importante del total de la estructura mental de la personalidad y la conducta humanas. Por medio de esta parte de su personalidad el ser humano entra en relación con las fuerzas vitales del universo exterior y, mediante éste con las fuerzas del cosmos inorgánico, como matriz de la vida en general y de la vida humana en particular. La porción biológica del individuo humano se manifiesta y halla acondicionada por las propiedades biofísicas del cosmos total.¹

Como es inconsciente, esta parte de la mente de la personalidad no tiene una experiencia consciente del ego o yo. Los reflejos estrictamente automáticos se producen sin que ningún ego los acompañe. La respiración, el funcionamiento del corazón o la digestión, normalmente se realizan sin ir acompañadas de ninguna conciencia del ego. Solamente cuando se trastornan o inhiben, es cuando entran en el terreno de la consciencia y atraen la aten-

1 Para los detalles véase Pitirim A. Sorokin. *Reconstruction of Humanity*. Boston 1948. Capt. 5; A. Montague, *On Being Human*, Nueva York, 1950. P. A. Sorokin, *Society, Culture and Personality*, Nueva York 1947. Capt. 19 y 48. P. Sorokin, *Explorations in Altruistic Love and Behavior*, Boston, 1951.

ción del ego consciente. En caso contrario, se suceden en el organismo de manera inconsciente y sin la intervención del ego.

La parte inconsciente de nuestro aparato mental y las actividades reflejológicas instintivas de la personalidad humana a veces son mucho más complejas que el "id" inconsciente de Freud y sus complejos.²

En algunas de sus obras Freud identifica el "id" con la energía general de la vida; en otras lo identifica con la energía libidinosa o sea el instinto sexual y en otras obras Freud caracteriza al "id" con dos instintos energías: el instinto sexual y el destructivo.

Cualquiera de estas tres variedades del inconsciente freudiano que tomemos, resulta eminentemente inadecuada desde el punto de vista lógico, lo mismo que desde el punto de vista de los hechos. Si identificamos el inconsciente total del hombre con el "id" y este "id" con la energía vital general, nuestro "id" o inconsciente no es más que otro término para designar el total indiferenciado de la energía vital del organismo humano. En este caso, "id" significa igualmente lo que los términos vida o fuerza vital, sin mayor diferenciación o especificación. La simple sustitución de estos términos por "id" no les agrega nada ni hace avanzar nuestro conocimiento. El "id" artificial no tiene más originalidad que ser más oscuro y más vago que el término vida o vitalidad. No hace más que reemplazar *lo oscuro por oscuridad*. Si el "id", en el sentido de la energía vital indiferenciada, se identifica al mismo tiem-

2 Los subsecuentes sumarios de las teorías de Freud, se han basado en varias de sus obras publicadas en *Collected Papers* (Colección de obras) Vols. I-IV, (London, 1924-1925), *General Introduction to Psychoanalysis* (Introducción General al Psicoanálisis). (New York), *A New Series of Introductory Lectures on Psychoanalysis* (Nuevas Series de Conferencias Preliminares sobre Psicoanálisis), (New York 1933); *Three Contributions to the Theory of Sex* (Tres Contribuciones de la Teoría del Sexo), (Washington 1930). Un Análisis Conciso de las teorías de Freud sobre el inconsciente y el aparato mental en general aparece en la obra de Glover, *Freud or Jung*, capts. 1 y 2 (New York 1950).

po con el sexo o la energía libidinosa, como Freud hace a veces, comete un error mayor aún, al escribir dos ecuaciones mutuamente discordantes: Ecuación 1ª “Id es idéntico a la energía vital” y ecuación 2ª “Id es idéntico a la energía sexual, muscular, cutánea, genital, oral.” Si la energía sexual, con los órganos y actividades sexuales, significa una forma específica de energía vital, diferente, por ejemplo, de la energía para la nutrición, con sus órganos y actividades, o de la energía para respirar, entonces la ecuación 2ª, evidentemente contradice a la ecuación 1ª. En este caso Freud comete el error que los antiguos lógicos llamaban: *pars pro toto*; la identificación del todo con sus partes, de una diferencia específica con su origen. Si la libido (sexo) significa solamente energía vital indiferenciada, entonces al llamarla energía sexual Freud nos confunde, sin agregar ni un ápice de conocimiento en esta confusa identificación del sexo con la vida. En este caso su segunda ecuación no es más que una oscura tautología de la primera ecuación.

Si, como alega Freud en algunas de sus obras, el terreno del “id” inconsciente no significa una sino dos energías de los instintos sexual y destructivo, entonces nos presenta tres fórmulas que se contradicen mutuamente: 1) “El ‘id’ inconsciente es idéntico a la fuerza vital; 2) el ‘id’ inconsciente es idéntico a la energía libinosa y 3) el ‘id’ inconsciente es idéntico a los instintos libidinosos y de destrucción (energías, actividades).” Toda la concepción freudiana de lo inconsciente se convierte pues en un enredo lógico.

Tampoco es mejor desde el punto de vista de la exactitud de los hechos. Tan pronto como comenzamos a diferenciar y especificar la vida, energía indiferenciada e inconsciente del organismo humano, inmediatamente se divide en varias formas específicas, órganos, necesidades y actividades, que ya mencionamos antes, respiración, nutrición, beber, dormir, descansar después del ejercicio, actividad sexual, etc.

Cada una de estas actividades biológicas es específica y es completamente diferente de las otras y de la actividad sexual; cada una tiene sus propios órganos en el organismo humano (diferentes de los órganos sexuales). La respiración y sus órganos son diferentes de los órganos sexuales y la copulación; ambos son diferentes de la nutrición y sus órganos y a su vez son distintos de otras actividades biológicas. Cada función puede inhibir y ser inhibida por otras, cuando dos o más de ellas son antagónicas. La actividad sexual puede inhibir el hambre y viceversa; el huir del peligro puede inhibir la actividad sexual y el hambre y sus correspondientes actividades. Cada uno trata de monopolizar por un momento casi todo el organismo humano y lo convierte en un simple instrumento para su satisfacción (un simple instrumento para la satisfacción del hambre o la sed o el sexo etc.) En resumen, tan pronto como comenzamos a diferenciar las formas específicas de la energía vital y las actividades inconscientes del organismo humano, no encontramos una ni dos formas específicas de la misma, irreductibles entre sí, sino más de una docena, según sea la clasificación. No hay ni la más remota posibilidad de reducir todas las principales formas diferenciadas a una sencilla forma, libido más destrucción. En cuanto Freud y los freudianos tratan de hacerlo así, caen en varios crasos errores lógicos y actuales. Por lo tanto, su concepción del inconsciente, ya sea mente, energías, órganos o actividades del hombre, está totalmente torcida.

Esta distorsión resulta excesiva con las nuevas adiciones y embellecimientos que Freud trata de acomodar al inconsciente; como por ejemplo que la tendencia destructiva del "id" se dirija hacia los demás o hacia el propio organismo y ego. En esta auto-agresión del "id" la proposición freudiana se convierte de nuevo en una tontería tautológica, es decir, "id' como energía vital está sadísticamente dirigida contra 'id' como energía vital" o "id' contiene en sí mismo un instinto mortal sadista dirigido contra 'id" o "la energía vital en sí misma contiene la energía mortal".

De esta manera la noción de *vida* se identifica con la de *muer-te* la *libido* con la *vida*, *destrucción* y *muerte* y con toda clase de *sensaciones eróticas* (genitales, orales, musculares, etc.) que frecuentemente son difíciles de distinguir de la *sensación en general*. Hasta la noción de *agresión* (que para Freud significa un acto de inflingirle una pena a los demás o de privarlos de un placer, un acto debido a las propias frustraciones y ejecutado para la propia protección de la libido, la vida, la salud o el ego), hasta este concepto pierde cualquier significación clara con su extensión hasta la "auto agresión" o la "agresión dirigida contra uno mismo". En este último caso se convierte en el acto de infligir una pena a sí mismo o privarse de un placer con tal de evitar una pena o de obtener un goce, "un acto generado por la propia frustración que trata de curar dicha frustración imponiendo otra nueva". En resumen, que se convierte también en una tontería tautológica y en una vaciedad sin significado. Lo mismo que las nociones correlativas de padre e hijo cada una de las cuales solamente tiene significado junto a la otra noción, la *agresión* tiene sólo significación como acto dirigido contra los demás. Tan pronto como la convertimos en "autoagresión", su significación desaparece, lo mismo que la significación de padre se borra cuando no se piensa en el hijo o cuando se identifica al padre con el hijo. El manejo freudiano de estos términos los convierte en el embrollo más oscuro de las tautologías vacías, nociones contradictorias y globos desinflados sin significación.

Pero aún más erróneas son las teorías freudianas sobre la sexualidad incestuosa del niño, que trata de satisfacerse a través de sus padres, la niña que trata de seducir a su padre y el niño a su madre (complejo de Edipo); acerca del temor que siente el niño a la castración como castigo a su libido incestuosa, acerca de la envidia femenina por el miembro masculino, acerca de la libido dirigida hacia objetos sexuales y la libido que se satisface en la propia persona (el ego libido narcisista). A través de esta con-

fusa extensión de la significación de la libido, se le priva también de cualquier significado claro y se convierte en un término que puede significar cualquier cosa o nada.

Estas y otras características del inconsciente freudiano lo significan como un fantasma grotesco, falso lógicamente, equivocado desde el punto de vista de los hechos, feo, estéticamente y desmoralizador, éticamente.

El considerable éxito del freudianismo se debe principalmente a que congenia con la cultura sensorial dominante y decadente del occidente en el cual el freudianismo ha nacido y se ha difundido. El freudianismo es posiblemente la criatura más característica de esta cultura decadente. Ambos se mueven principalmente en el terreno de los "innovadores sociales", ambos son negativistas, ambos entierran en lo social casi todo lo que es noble y hermoso, comenzando con Dios y terminando con la infancia, la maternidad, la paternidad, el amor y el sacrificio.

Finalmente, en contra de lo que dice Freud, las energías inconscientes del hombre no constituyen un sistema hidráulico aislado con una energía libido constante que circula a través de los diversos canales. Las formas totales cuantitativas y cualitativas de estas energías biológicas varían de acuerdo con las condiciones biosociales. Hasta cierto punto pueden transformarse entre sí, pero existen límites definidos para estas transformaciones.

No es pues de extrañar, que la terapia freudiana, basada en fundamentos tan erróneos, haya tenido tan poco éxito, aun en el ajuste de los desórdenes mental-funcionales más ligeros. Los desórdenes serios casi nunca los puede curar y es resueltamente estéril en el esfuerzo de hacer a los seres humanos más creadores y más altruistas.

Un comentario final sobre lo inconsciente en el hombre. Debido al desarrollo que tiene en el hombre la parte consciente y supraconsciente, todo el terreno de lo inconsciente en el ser humano se encuentra un poco desorganizado y no funciona tan bien

como, por ejemplo, el mecanismo de instintos y reflejos en la mayoría de las otras especies. Todo nuestro aparato inconsciente de instintos y reflejos se encuentra francamente trastornado y necesita cierta supervisión y control por parte del consciente y del supraconsciente. Sobre esto insistiremos más adelante. Por el momento esta concisa caracterización del inconsciente en el hombre es suficiente y podemos pasar al siguiente nivel de la mente y la personalidad humana, lo bioconsciente en el hombre.

4. *Lo bioconsciente en el hombre.*

Al lado de estas energías y actividades inconscientes desprovistas de un ego consciente, se encuentran las energías y actividades bioconscientes, asociadas con un conjunto de egos biológicos y papeles de la personalidad. Cuando una persona se da cuenta de una tensión biológica y la tensión entra en el terreno de la conciencia, la energía biológica se convierte en bioconsciente y conduce a actividades bioconscientes por parte del correspondiente ego biológico. Así, cuando uno se da cuenta de un dolor y conscientemente lucha por aliviarlo, o cuando dice "tengo hambre" o "tengo sed" o "estoy cansado" y conscientemente trata de aliviar el hambre, la sed o la fatiga, las energías y actividades puramente inconscientes asumen una forma bioconsciente y comprenden un conjunto de egos biológicos correspondientes. Cuando un individuo se da cuenta de sus características de raza, sexo o edad y piensa o dice "soy negro" o "actúo como mujer" o "soy muy viejo para eso" o "todavía estoy joven" las fuerzas inconscientes de la raza, el sexo y la edad se convierten en egos bioconscientes del individuo. Estas energías, papeles y egos constituyen una segunda capa de la personalidad, adyacente a la capa de lo inconsciente. Igual que este último, el total de energías cuantitativas de esta capa varía, y más variable aún es el conjunto cualitativo de egos

y posiciones biológicas. Cambia constantemente, un ego biológico aparece y, después de satisfacerse, deja el lugar a otro. Cuando tiene uno hambre, su ego nutritivo surge y ocupa una amplia zona en el terreno de la conciencia y las actividades conscientes. Pero cuando el hambre ha sido satisfecha, baja el terreno del inconsciente, dejando el sitio a otro ego biológico, por ejemplo el ego sexual.

Al lado de estas numerosas sucesiones de los egos biológicos en el curso de cada día, hay una sucesión a largo plazo irreversible de los egos de edad del individuo, los egos del bebé, del adolescente, del hombre maduro y del anciano. La sucesión irreversible de estos egos de edad bioconscientes ocurre en el curso de la vida de cada individuo que vive el término total de la vida humana. Se encuentra básicamente determinado por las fuerzas biológicas y va seguido por una legión de importantes cambios anatómicos, fisiológicos y psicológico-sociales en el individuo, su conducta, sus relaciones con los demás y su posición en sus grupos sociales.

Igual que los impulsos inconscientes, estas fuerzas y egos bioconscientes no son de carácter ni antisocial ni social. Si sus proyecciones son sancionadas por los egos socioculturales, por ejemplo, si el hambre o el impulso sexual son satisfechos de una manera aprobada por las normas de la ley, la religión o la hospitalidad, operan en armonía con los correspondientes egos socioculturales. Pero si estas tendencias son desaprobadas por los egos socioculturales, como por ejemplo, si la satisfacción del hambre se logra por medio del hurto o la del ego sexual por medio del rapto, entonces los egos biológicos entran en conflicto con los egos socioculturales. Los egos biológicos y sus energías pueden estar en armonía entre sí; por ejemplo cuando el frío y el hambre juntos empujan a uno a buscar alimento y abrigo al mismo tiempo. Pero también pueden estar en conflicto o actuar independientemente entre sí, por ejemplo, cuando el hambre obliga a una persona a

ejecutar acciones inconscientes como las indicadas por el impulso sexual, ya sea debilitando o inhibiendo dicho impulso, o como en el caso de la prostitución, obligando a la persona a ejecutar ciertas acciones sexuales aun cuando no exista el impulso para ello.

5. Lo socioconsciente en el hombre.

Por encima de estas energías, actividades, situaciones y egos bioconscientes, se encuentran las capas de energías, situaciones actividades y egos socioculturales. Se derivan y son generados por la interacción consciente y significativa de personas conscientes en su experiencia y aprendizaje colectivo. A través de esta experiencia colectiva son acumulados y transmitidos de una persona a la otra y de un grupo al otro, lo mismo que de generación en generación. En el proceso de esta interacción, quedan clasificados como formas específicamente científicas, filosóficas, religiosas, éticas, artísticas, políticas y tecnológicas del pensamiento sociocultural, sus normas, valores, actividades e instituciones.

Una persona posee tantos egos socioculturales, situaciones y actividades como grupos socioculturales con los cuales, voluntariamente o no, esté en relación. La mayoría de nosotros tenemos el ego familiar y las actividades del mismo, el ego ciudadano y sus actividades, el ego de nacionalidad, el ego religioso, el ego ocupacional y los egos inferiores de las sociedades, clubs y otras asociaciones a las que pertenezcamos o con las que tratemos.

Cada uno de estos egos, situaciones y actividades es diferente de los demás. En el seno de nuestra familia nuestro ego y situación es el del padre, la madre, el hermano, la hermana, el hijo o la hija; el ego está imbuído de las ideas correspondientes, valores, voliciones, emociones y sentimientos, nuestra situación asume ciertas formas definitivas y hasta nuestro traje es de una clase especial. Cuando salimos del hogar y llegamos al teatro de nuestras

actividades, el ego familiar deja el sitio, en el terreno de nuestra conciencia y conducta al ego ocupacional y nuestras acciones son entonces las de un médico, profesor, pastor, ingeniero, comerciante, campesino, empleado, etc. Nuestro ego ocupacional considera y discute, cosas totalmente diferentes, en una forma diferente y con emociones diferentes a las del ego familiar. En nuestra situación ocupacional, comparada con la familiar, realizamos actividades muy distintas, en un medio diferente y con colaboradores distintos (jefes, compañeros de oficina o subordinados). Si nuestro ego ocupacional pensara, hablara y se comportara como nuestro ego familiar, seríamos considerados muy extraños y probablemente nadie nos tomaría en serio. Nuestro ego ocupacional frecuentemente hace cosas que nuestro ego familiar desaprueba y viceversa. Estos dos egos son, de hecho tan diferentes en su mentalidad y actividades como dos personas distintas.

Cuando vamos a la iglesia, nuestro ego religioso reemplaza a los egos familiar y ocupacional. Este ego religioso también es totalmente distinto de los otros dos, en su mentalidad y actividades. Se relaciona con Dios, el pecado y la salvación, y en su situación religiosa ora, canta himnos, se arrodilla y realiza otros muchos actos de carácter religioso, muy diferentes de las acciones del ego familiar o del ocupacional.

Una transformación semejante de nuestros egos se realiza cuando asistimos a una manifestación política. Nuestro ego político puede pensar, decir y hacer muchas cosas de las cuales nuestro ego familiar o religioso se sentiría avergonzado.

Cada uno de estos egos es un reflejo de los significados, valores y normas del grupo particular que representa. Las actividades y situaciones de cada uno de nuestros egos socioculturales están definidas por su respectivo grupo social. En algunos grupos en que los miembros no están por su voluntad, como en el ejército para el soldado obligatorio, o en el estado totalitario, o en la prisión, la obligación imprime su imagen sobre sus miembros y

reglamenta en forma violenta los cuerpos, almas y actividades de los miembros en muchos aspectos y hasta en los más pequeños detalles; lo que tienen que comer o beber, lo que deben ponerse, dónde tienen que vivir, a quién deben encontrar, obedecer al jefe, cuándo deben dormir, qué deben creer, pensar y decir, qué deben leer, y en general dónde y cuándo deben hacer tal o cual cosa. Estos grupos obligatorios imprimen su ego representativo sobre el individuo, con todos sus valores, creencias y acciones pertenecientes a dicho ego.

En otros grupos, donde los miembros son voluntarios, se hace lo mismo, pero en forma menos penosa. También inculcan al individuo su ego representativo, con sus respectivos valores, ideas, creencias, derechos, deberes y conducta. Solamente puede uno ser miembro de un grupo social mientras satisfaga sus demandas y cumpla con los deberes de los miembros. Es uno miembro de los Estados Unidos o de la Iglesia Católica Romana solamente mientras cumple uno con los deberes y sostiene los valores y normas, en pensamiento y acción, prescritos por el gobierno de los Estados Unidos o por la Iglesia Católica, respectivamente. En caso contrario se recibe un castigo o se es expulsado del grupo por la violación de los deberes. Lo mismo puede decirse de cualquier grupo organizado. Cada cual trata de imprimir sobre una persona su propia imagen en la forma de un ego particular, cada cual trata de modelar a la persona de acuerdo con sus propias normas, cada uno demanda una parte de nuestro tiempo y energía, una libra de carne y parte de nuestra alma o mente consciente, cada uno prescribe en detalle nuestras actividades, situaciones, derechos y deberes.

Incesantemente nos sujetan a diversas demandas, a las que tenemos que responder a través de nuestros diversos egos, situaciones y actitudes. El estado nos exige que paguemos los impuestos, que prestemos servicio militar, que formemos parte de un jurado y, en cambio de estas obligaciones no quiere aceptar nuestras

oraciones en la iglesia o el que cuidemos a nuestros hijos. Nuestro grupo ocupacional nos exige de seis a ocho horas de nuestro trabajo y tiempo y no acepta en lugar de él, nuestras actividades políticas. Nuestra familia nos pide un amplio conjunto de actividades familiares, ya sea en el papel de marido, de esposa o de padre y no se satisface si en lugar de ellas le consagramos nuestras actividades recreativas, y así sucesivamente.

Esto explica la proposición de que cada uno tenemos tantos egos y situaciones socioculturales conscientes como grupos organizados con los cuales estemos en contacto. La totalidad de estos egos ocupa casi todo el campo de nuestra mentalidad consciente, y la totalidad de estas situaciones socioculturales y actividades llena una gran parte de nuestro tiempo, actividades, situaciones y vida.

Durante cada veinticuatro horas, casi todas nuestras actividades consisten en desempeñar las funciones y deberes de los grupos a los que pertenecemos. Hasta las actividades puramente biológicas como dormir, comer o tener relaciones sexuales, no están totalmente exentas de control de los grupos a los que estamos afiliados; nuestro grupo ocupacional de vez en cuando nos obliga a dormir de día en lugar de hacerlo en la noche, que es lo natural. El regimiento de un soldado en el campo de batalla, a veces lo priva del sueño durante veinticuatro horas o más (a pesar de la tendencia biológica a quedarse dormido), la enfermedad de algún miembro de la familia a veces nos exige que nos quedemos a velar durante muchas horas más de las que quisiéramos estar despiertos. Diversos grupos sociales determinan en forma notable la clase de alimentos que se deben comer y cuáles están prohibidos (aunque químicamente los alimentos prohibidos sean perfectamente sanos), cuándo debe uno comer y cuándo hay que hacerlo aprisa, incluyendo detalles tales como cuántos alimentos deben tomarse al día, a qué horas, etc. Desde la infancia, la familia y otros grupos comienzan a enseñar al niño a controlar sus

necesidades fisiológicas. Los grupos sociales también controlan visiblemente muchos aspectos de las actividades sexuales, tales como quién puede tener relaciones sexuales, con quién, cuándo y bajo qué circunstancias, con cuánta frecuencia, etc. En resumen, la mayor parte de las actividades bioconscientes de un individuo se encuentran visiblemente controladas por la totalidad de los grupos sociales de los cuales es miembro voluntario o involuntario. Para resumir: la diversidad y multiplicidad de los grupos a los que pertenecemos es la responsable de la pluralidad y diversidad de nuestros egos y situaciones socioculturales. La totalidad de los egos y situaciones socioculturales de la persona es un microcosmo que refleja el macrocosmo sociocultural en que ha nacido y se ha criado, y dentro del cual actúa.

La ideología, las normas de conducta, los rasgos materiales de los grupos con los que tenemos interacción también son responsables de la mayor parte del contenido sociocultural de la mente del individuo. El individuo no inventa su religión, su moral, sus leyes, su estética, su lenguaje o las normas de su conducta diaria con sus iguales, superiores o inferiores. Todo esto lo recibe ya hecho, gracias a la educación, la instrucción y el lenguaje, de los grupos de que forma parte. Por ejemplo, cuando la cultura religiosa de un grupo es un conjunto de creencias animistas o totémicas, la orientación religiosa del individuo también será animista y totémica. Si su grupo religioso es cristiano o budista, su ego religioso comunmente será cristiano o budista. Lo mismo puede decirse de todos los demás de la personalidad individual. Puesto que los valores, creencias e ideas científicas, religiosos, éticos y de otras clases, no han sido biológicamente heredados, el individuo los adquiere principalmente de los grupos entre los cuales actúa. Mientras el individuo pertenece a un grupo, debe adoptar su cultura hasta cierto punto, si no quiere que su situación se haga intolerable.

Anteriormente dije que la *mayor parte* de la cultura del individuo está determinada por la cultura de sus grupos. Esto significa que una porción menor de la mentalidad cultural del individuo consiste de: a) significados culturales no adquiridos por conducto de los grupos organizados, sino de otras fuentes. Estas últimas pueden incluir personalidades como Platón o Beethoven que, aunque hace mucho tiempo que murieron, son agentes eternamente vivos de gran cultura o, b) pueden incluir elementos culturales con los que el individuo se haya familiarizado, como un turista en un país extranjero, o como un visitante de un museo arqueológico o como lector de libros. Hay cientos de formas distintas en las que elementos de sistemas culturales extraños pueden entrar en la propia cultura.

Finalmente, la cultura del individuo depende de su capacidad para seleccionar y crear. Estas están determinadas en parte por las tendencias inconscientes, por la constelación total de grupos y sus culturas y en parte por la supraconsciencia de nuestra estructura mental, que discutiremos más adelante. Ningún individuo puede absorber todos los elementos culturales de su medio. De una manera o de otra, tiene que seleccionar algunos y rechazar el resto. Esto explica por qué las personalidades de miembros de los mismos grupos nunca son idénticas. Por la menos en los puntos secundarios, difieren entre sí. Nadie es enteramente pasivo. Cada persona selecciona, combina y a veces también crea, y este aspecto es una parte activa del proceso social. Los verdaderos genios tienen una gran fuerza creadora. De los valores culturales existentes combinan algo notablemente diferente. Aunque la mayoría de nosotros tenemos una fuerza creadora muy modesta, sin embargo, a través de ella y de la facultad de seleccionar, funcionamos como agentes activos. La gente no es una tabla rasa pasiva en la que la sociedad escriba sus enseñanzas culturales.

A pesar de la facultad de seleccionar y crear, la totalidad de nuestros grupos sociales y sus culturas define nuestros egos cons-

cientes y sus culturas. Estos egos socioculturales ocupan la mayor parte de nuestra mentalidad y conducta conscientes.

De estas proposiciones básicas se derivan las siguientes conclusiones: primero, si los grupos a que pertenece un determinado individuo se encuentran en una relación de solidaridad; si todos empujan al individuo a pensar, sentir y actuar de la misma manera; si lo dirigen hacia el mismo objetivo y le prescriben los mismos deberes, valores y derechos, entonces los distintos egos del individuo que reflejan a dichos grupos estarán también en armonía entre sí.

En este caso todos los egos socioculturales del individuo estarán integrados y unificados en una especie de ego consciente y armonioso, libre de conflictos internos. Si los egos bioconscientes no chocan entre sí con los egos socioculturales, el individuo que tenga egos socioculturales armoniosos entre sí experimentará una satisfactoria unidad de su personalidad, y será como una pelota empujada por diversas fuerzas en la misma dirección (el caso de la adición de fuerzas en la mecánica). Tendrá la bendición de gozar de paz espiritual y consistencia en su conducta. Verá con claridad cuáles son sus deberes y sus derechos y qué es lo que debe hacer y lo que debe evitar. No tendrá conflictos de deberes ni lucha interior, no tendrá dudas ni indecisiones que lo preocupen. Si la familia, el Estado, la Iglesia, el grupo ocupacional, el partido político y los otros grupos de que el individuo forma parte, producen órdenes semejantes; por ejemplo, ir a pelear contra el enemigo, entonces todos los egos de la persona lo empujarán unánimemente hacia ese deber y él lo cumplirá con gusto, aunque sacrifique su vida si es necesario.

Feliz la persona que se encuentra en esta situación. Solamente estas personas presentan una personalidad consciente integrada y unificada.

Si los grupos de un individuo se encuentran en conflicto, si lo empujan a acciones contradictorias, deberes, valores y convic-

ciones que no estén de acuerdo, si, por ejemplo, el estado exige lo que la Iglesia o la familia desaprueban, entonces los respectivos egos serán mutuamente antagonistas. El individuo estará dividido por conflictos internos. No tendrá paz interior, ni conciencia limpia, ni verdadera felicidad, ni consistencia como individuo. Será como una pelota empujada en direcciones opuestas por diversas fuerzas, el caso de la substracción de fuerzas en la mecánica. Su conducta será irresoluta y contradictoria, lo mismo que sus pensamientos y afirmaciones. Será como un bote empujado en todos sentidos por influencias contradictorias. Lo mismo que Hamlet, se preocupará y consumirá su energía en estériles indecisiones. Si la presión de un grupo es más fuerte, entonces seguirá sus órdenes, pero sin entusiasmo ni fuerza, pues la oposición de sus otros egos le restará energía de acción.

Durante la segunda guerra mundial y en los tiempos actuales el Estado ha pedido a los trabajadores incesantes esfuerzos en el terreno de las industrias de guerra. Los sindicatos, de vez en cuando ordenan a los trabajadores que se declaren en huelga. Este conflicto objetivo entre el Estado y los sindicatos ha dado origen a conflictos internos en los trabajadores. Sus egos nacionales desaprueban lo que exigen sus egos ocupacionales y viceversa. El resultado ha sido una conducta dudosa y contradictoria.

Un conflicto semejante entre los egos nacionales y los religiosos ha sido producido por la guerra en miles de cristianos sinceros. El Sermón de la Montaña, de Jesús, les ordena no matar y amar a sus enemigos, el Estado beligerante les manda portarse como patriotas y matar a los enemigos. En algunos prevaleció el ego religioso y ético, pero su entusiasmo religioso disminuye grandemente por el conflicto con el deber patriótico hacia el Estado. En otros, la mayoría de los "cristianos", prevaleció el ego nacional, pero su ímpetu quedó grandemente mermado por la duda y los reproches del ego religioso. Todos los cristianos sinceros que al mismo tiempo son buenos ciudadanos han expe-

rimentado este conflicto de lealtades. Su paz espiritual ha sido perturbada y su personalidad total, profundamente herida.

No debemos pensar que estas personalidades divididas sean raras en una población diferenciada y estratificada en muchos grupos. Si no en forma aguda, sí por lo menos, en forma benigna, estos conflictos internos constituyen una ocurrencia cotidiana en la mayoría de los individuos de las sociedades diferenciadas. En nuestra sociedad hay muy pocos individuos que de vez en cuando no experimenten un conflicto de deberes y un choque de lealtades. A veces se trata solamente de un conflicto superficial entre dos valores que no tienen mucha importancia. Pero hay conflictos mucho más dolorosos entre nuestros deberes para con la familia, el Estado, la Iglesia, el grupo ocupacional, el partido político, la nacionalidad, los amigos, los vecinos, que frecuentemente nos dominan con todas sus preocupaciones e indecisiones. Cuando predomina el ego religioso y el ético, nos declaramos por la hermandad y la igualdad entre los hombres y contra las discriminaciones raciales o religiosas. Pero cuando actuamos como demócratas del sur, o como miembros de un grupo ético en particular, pensamos y hablamos de una manera opuesta. Nuestro ego ético proclama la soberanía igual de todas las naciones y su derecho para determinar su régimen político. Pero cuando nuestro ego nacional entra en acción, dictamos nuestras órdenes a las naciones más débiles y por lo tanto, intervenimos en su política interna y exigimos que cumplan nuestras órdenes so pena de incurrir en sanciones económicas, políticas o militares. Y así sigue adelante esta trágica comedia de la inconsistencia y autocontradicción humanas. No se trata de una hipocresía consciente, sino del resultado inevitable de pertenecer a muchos grupos diferentes y antagónicos. Esto explica también por qué no sólo el ciudadano común, sino hasta los pensadores y líderes más notables, demuestran tantas contradicciones en sus discursos, escritos y acciones.

Para terminar con respecto a los tres niveles antes mencionados de la estructura mental humana, lo inconsciente, lo bioconsciente y socioconsciente, la persona idealmente integrada puede ser definida como aquélla en la que los impulsos inconscientes, y los egos bioconscientes y socioculturales, se encuentran en un estado de armonía mutua. Esta persona se considera como un ego unificado. La persona mal integrada, por otra parte, es aquélla en la que los impulsos inconscientes, y los egos bioconscientes y socioculturales se encuentran en guerra entre sí. Como veremos más adelante, esta persona o se suicida, o acaba sus días en un asilo mental, o es un ser humano sofisticado y cínico, o un bruto desmoralizado, o un Hamlet contradictorio o una persona extremadamente desdichada y destrozada.

Para terminar la representación y la mentalidad y conducta sociocultural consciente de una persona, debemos mencionar que una pequeña parte de cada ego consciente, con sus respectivas actividades y dentro de todo el terreno de la consciencia sociocultural, se encuentra en un estado de automatismo secundario subconsciente. Con esto queremos indicar la totalidad de las acciones y estados mentales respectivos que son aprendidos y que al principio del aprendizaje requiere una atención consciente, pero que después de muchas repeticiones se hacen habituales y se realizan automáticamente, sin entrar a la conciencia. Cuando aprendemos a tocar el piano, a escribir o a manejar un automóvil, las etapas iniciales de nuestro aprendizaje requieren una gran atención. Pero después de muchas repeticiones, las acciones respectivas se hacen automáticas y se realizan subconscientemente. Se hunden en este estado subconsciente hasta que aparece algún obstáculo. Entonces, inmediatamente, sin ninguna dificultad, se convierten en partes conscientes de nuestros egos y mentalidad sociocultural. Generalmente todas estas acciones secundariamente automáticas oscilan fácilmente de lo subconsciente a lo consciente y viceversa. Su auto-

matismo es algo totalmente diferente de la subconsciencia de las acciones verdaderamente reflejas e instintivas.

Esta parte sociocultural consciente en nuestra mentalidad y conducta, se encuentra directamente relacionada con el mundo humano sociocultural. La totalidad de nuestros egos y actividades socioculturales refleja este mundo, está modelada por él, y lo está modelando. Son mutuamente interdependientes. Cualquier cambio importante en nuestros grupos sociales y su cultura afecta a toda la constelación de nuestros egos y actividades, y cualquier cambio importante en la constelación de grupos sociales y su cultura. Mientras que las partes inconsciente y bioconsciente del individuo se encuentran especialmente influenciadas por las fuerzas biofísicas, cósmicas y vitales: la parte sociocultural de nuestra personalidad, resulta especialmente dependiente del mundo sociocultural en el cual nacemos y vivimos.

Si mi concepción de lo inconsciente y bioconsciente en el hombre tiene muy poco en común con el inconsciente de Freud, la estructura que hemos bosquejado de los egos socioculturales del individuo es totalmente distinta del ego y superego de Freud. En contraste con lo subconsciente y preconsciente que —correcta e incorrectamente— Freud trata de desarrollar en detalle, por lo que respecta a sus conceptos de ego y superego, nunca ha ido más allá de las delimitaciones más vagas y contradictorias. Al principio, ego fué definido como un organismo consciente superficial, situado encima de lo inconsciente y preconsciente y tratando de reglamentar las erupciones de lo inconsciente y preconsciente contra él. Posteriormente el ego se hace parcialmente inconsciente y producido por lo inconsciente. En este punto se le conceden sus propios instintos e impulsos, diferentes de la libido del inconsciente; después el ego se concibe como una libido propia, y así sucesivamente. Todavía más oscuras son las manipulaciones de Freud con el superego. Unas veces se le considera como una “conciencia inconsciente” que inconscientemente censura y critica las exigen-

cias instintivas del inconsciente y del ego. Otras veces significa la reglamentación consciente y super personal paternal y social del ego y reprime las exigencias del inconsciente. Pero en otras ocasiones, significa otra cosa distinta. Resultaría una inútil pérdida de tiempo y energía seguir en detalle todas las curiosas peregrinaciones del pensamiento freudiano acerca del ego y del superego.³

Basta decir que las mismas expresiones “ego inconsciente”, “conciencia inconsciente” son autocontradictorias lógicamente, lo mismo que si se dijera blanca negra o hierro de madera. De hecho, las nociones de Freud no responden a las cuestiones: ¿cuál es la verdadera naturaleza del ego y el superego?, ¿cuándo y cómo surgieron? ¿en dónde obtienen el poder para controlar y especialmente para reprimir y suprimir las necesidades libidinosas y destructivas del inconsciente?, etc. Algunas de las respuestas que Freud trata de presentar, especialmente en obras tales como su *Totem y Tabú*, resultan grotescamente fantásticas desde el punto de vista lógico, y especialmente desde el punto de vista de los hechos. Toda la teoría de Freud sobre la aparición y desarrollo del superego se basa solamente en la fantástica imaginación del autor.

6. *Lo supraconsciente en el hombre.*

Finalmente, hay todavía un nivel superior en la estructura mental del hombre, una forma superior de energías y actividades, realizada en diferentes grados por diversas personas, a saber, el nivel supraconsciente de energías y actividades.

3 Una notable falta de lógica y audacia de los pensamientos freudianos sobre el ego y el superego puede verse en la obra de E. Glover: *Freud o Jung*. A pesar de todos los esfuerzos de Glover para glorificar y justificar a su maestro. Véanse especialmente las pp. 22-24-54. Una crítica más seria de Freud puede encontrarse en la obra de Jan Suttie, *The origin of love and hatred*. (El origen del amor y del odio), Londres, 1935, y en muchas otras obras.

Esto constituye la cuarta capa que es la superior en la personalidad, energías y actividades del hombre. Frecuentemente han sido designadas como "lo divino en el hombre, la manifestación de la divinidad, la sublime energía de la verdad, la bondad y la belleza, el genio creador más elevado", etc. Lo supraconsciente se manifiesta en los más grandes éxitos creadores del genio humano en las bellas artes, la religión, la ciencia, la filosofía, la ley, la ética, la tecnología y las formas superiores de la organización social, económica y política. En términos más generales, lo supraconsciente se manifiesta en las mayores victorias creadoras del hombre en el terreno de la verdad, la belleza y la bondad. Estas son las formas principales de la energía supraconsciente, transformables, en gran parte entre sí. La verdad genuina siempre es hermosa y buena, y así es como pueden transformarse estas formas principales de una en otra, lo mismo que la energía del calor puede transformarse en electricidad o movimiento, la energía del movimiento en luz, etc. ⁴

4 Sobre esto véase el artículo de P. A. Sorokin, "Love: Its aspects, production transformation" (Amor, sus aspectos, producción y transformación) en la obra editada por P. A. Sorokin, *Exploration in Altruistic love and Behavior: a Symposium*. (Exploraciones sobre el amor y la conducta altruista (en symposium). Boston, 1950.